

EL ELEFANTE (1).

Elephas maximus. L.

Si nos exceptuamos á nosotros mismos, el elefante (*) es el ser mas noble de este mundo, pues escede á todos los animales terrestres en magnitud, y se aproxima al hombre por la inteligencia (2), á lo menos todo cuanto puede la

(1) En griego, ἐλέφας; en latin, *elephantus*, *barrus*; en italiano, *leophante*; en francés, *éléphant*; en aleman, *helphant*; en inglés, *elephant*; en Oriente, *el. fil.* *Phil* ó *fil* es voz caldea, que significa *marfil*, de la cual se ha valido Munster para designar el elefante. En las Indias orientales llamaban antiguamente *barro* al elefante; y de aquí verosíblemente se derivó la voz *barrus* que los Latinos le dieron despues. Gessner, cap. *De elephanto*. En Congo le llaman *manza* ó *manzo*. *Viaje de Drack*. Paris, 1644, página 104.

(*) Débense distinguir como dos especies distintas el elefante de Indias (*elephas indicus*, Cuv.), y el de Africa (*elephas africanus*, Cuv.) (Ayerra.)

(2) *Valet sensu, et reliqua sagacitate ingenii excel-*

materia aproximarse al espíritu. El elefante, el perro, el castor y el mono son entre todos los seres animados los mas admirables por su instinto; pero este instinto, que no es otra cosa que el producto de todas las facultades así internas como externas del animal, se manifiesta en cada una de estas especies por resultados muy diversos. El perro por su naturaleza y en plena libertad es tan cruel y sanguinario como el lobo; pero en esta naturaleza feroz se halló un punto flexible, del cual nos hemos aprovechado: así que la índole de este animal no difiere de la de los otros animales de presa, sino en el punto sensible que le hace capaz de cariño y de adhesión. La naturaleza es la que le ha dado el germen de un afecto que despues ha sido cultivado, alimentado y desarrollado por el hombre, mediante una antigua y constante sociedad con este animal, digno solamente de ella, y que siendo mas capaz que otro ninguno de impresiones extranjeras, ha perfeccionado con el trato todas sus facultades relativas. Su sensibilidad, su *do-
lit elephas. Arist., Hist. anim., lib. ix, cap. xlvi. Ele-
phanti sunt natura mites, et mansueti, ut ad rationale
animal proximè accedant. Strabo. Vidi elephantos
quosdam, qui prudentiores mihi videbantur, quam qui-
busdam in locis homines. Vartomannus apud Gesne-
rum, cap. De elephanto.*



Sculpsit A. Tardieu.

ilidad, su valor, sus talentos, todo, hasta sus modales, se modifica por el ejemplo, y se modela por las calidades de su señor: así pues, no se le debe atribuir como propio todo lo que parece poseer, puesto que sus calidades mas elevadas y mas asombrosas son tomadas de nosotros, y que si ha adquirido mas que los otros animales, consiste en su mayor proporcion para adquirir, y en que lejos de tener, como ellos, aversion al hombre, le tiene inclinacion. Este dulce afecto, que nunca es mudo, se ha manifestado en él por el deseo de agradar, y ha producido la docilidad, la fidelidad, la sumision constante, y al propio tiempo aquel grado de atencion necesario para obrar en consecuencia, y obedecer siempre á propósito.

El mono, por lo contrario, es tan indócil como extravagante. Su índole es en todo igualmente intratable; no hay que esperar de él ninguna sensibilidad relativa, ningun agradecimiento al buen trato, ninguna memoria de los beneficios; aborrece la sociedad del hombre; tiene horror á la sujecion; está inclinado á toda especie de mal, ó por mejor decir, tiene una fuerte propension á hacer todo lo que puede dañar ó desagravar. Pero estos defectos reales están contrapesados con perfecciones aparentes: su conformacion exterior le asemeja al hombre; tiene

brazos, manos y dedos, cuyo solo uso le hace superior en destreza á los otros animales; y las relaciones que estas partes le dan con nosotros por la semejanza de movimientos y conformidad de las acciones, nos agradan, nos engañan, y nos hacen atribuir á calidades internas lo que depende solamente de la forma de los miembros.

El castor, que parece muy inferior al perro y al mono por lo que hace á las facultades individuales, ha recibido sin embargo de la naturaleza un don casi equivalente al de la palabra: se hace entender de los de su especie, y de tal modo, que se unen en sociedad, obran de acuerdo, emprenden y ejecutan trabajos grandes y largos en comun; y este amor social, no menos que el producto de su inteligencia recíproca, tienen mas derecho á nuestra admiracion que la destreza y maña del mono y la fidelidad del perro.

El perro, pues, no tiene mas que un talento (permítaseme profanar este nombre á falta de términos); el perro, digo, no tiene mas que un talento de prestado; el mono no tiene mas que su apariencia; y el castor no tiene mas inteligencia que para sí solo y para los suyos. Pero el elefante es superior á los tres, y reúne en sí las calidades mas eminentes de todos ellos. La mano es el principal órgano de la destreza del

mono; el elefante, por medio de su trompa que le sirve de brazo y de mano, y con la cual puede levantar y asir las cosas mas pequeñas de la misma suerte que las mas grandes, llevarlas á su boca, ponerlas sobre su espalda, tenerlas asidas ó arrojarlas á lo lejos, tiene el mismo medio de destreza que el mono, y al propio tiempo la docilidad del perro, puesto que como él es capaz de reconocimiento y de una viva afeccion; se acostumbra fácilmente al hombre, se somete no tanto por la fuerza como por los buenos tratamientos, y le sirve con zelo, con fidelidad, con inteligencia, etc. Por último, el elefante gusta como el castor de la sociedad de sus semejantes, y se hace entender de ellos; se les ve frecuentemente reunirse, separarse, obrar de concierto, y si no edifican nada ni trabajan en comun, acaso es por falta de suficiente espacio y tranquilidad, respecto de que se han multiplicado los hombres desde tiempos muy remotos en todos los paises en que habita, motivo por el cual vive sin sosiego, y en ninguna parte es pacífico poseedor de un espacio bastante considerable y libre para establecer su domicilio. Hemos visto que son necesarias todas estas condiciones y ventajas para que se manifiesten los talentos del castor, y que donde quiera que los hombres se han establecido, pierde su industria y cesa de

edificar. Cada sér en la naturaleza tiene su precio real y su valor relativo: si se quiere juzgar de ambos con rectitud en el elefante, es preciso concederle por lo menos la inteligencia del castor, la maña del mono, el sentido del perro, y añadir despues las ventajas particulares, únicas, de la fuerza, de la magnitud y de la duracion de su vida, sin olvidar sus colmillos, con los cuales puede herir y vencer al leon: conviene representarse que con sus pasos hace estremecer la tierra; que con su mano (1) arranca los ár-

(1) «Veteres proboscidem elephanti manum appellaverunt. Eadem aliquoties nummum é terra tollentem vidi, et aliquando detrahentem arboris ramum, quem viri viginti quatuor fune trahentes ad humum flectere non potueramus, cum solus elephas tribus vicibus motum detrahebat.» Vartomannus apud Gesner., cap. *De elephant.* «Silvestres elephanti fagos, oleastros, et palmas dentibus subvertunt radicibus.» Oppian. «Promuscis elephanti maris est qua cibum, tam siccum quam humidum, ille capiat, orique perinde ac manu admoveat. Arboreas etiam eodem complectendo evellit; denique ea non alio utitur modo nisi ut manu.» Arist. *De partibus anim.*, lib. II, capitulo XVI. «Habet præterea talem tantamque narem elephantus. ut ea manus vice utatur..... Suo etiam rectori erigit, atque offert, arboreas quoque eadem prosternit, et quoties immersus per aquam ingreditur, ea ipsa edita in sublime reflat, atque respirat.»

boles; que con un golpe de su cuerpo hace brecha en un muro; que, terrible por su fuerza, es además invencible por la sola resistencia de su mole y por lo grueso de la piel que la cubre; que puede llevar sobre su espalda una torre armada en guerra y cargada de muchos hombres; que él solo hace mover máquinas y transporta pesos que seis caballos no pudieran menear; que á esta fuerza prodigiosa reúne el valor, la prudencia, la serenidad y la obediencia exacta; que es moderado aun en sus pasiones mas vivas, y mas constante que impetuoso en el amor (1); que en medio de la cólera no desconoce á sus amigos, ni acomete nunca sino á los

Arist., *Hist. anim.* lib. II, cap. I. La fuerza del elefante es tan grande, que casi no se puede conocer sino por la esperiencia: yo he visto uno llevar con los colmillos dos cañones de artilleria atados y unidos con cables, cada uno de los cuales pesaba tres mil libras, y él solo los levató y llevó por espacio de quinientos pasos. He visto tambien un elefante sacar á tierra navios y galeras, y botarlos al mar. *Viaje de Francisco Pyrard.* Paris, 1619, tom. II, pág. 236.

(1) «Nec adulteria noveré, nec ulla propter foeminas inter se prælia, cæteris animalibus pernicialia, non quia desit illi amoris vis, etc.» Plin., lib. VIII, cap. V. «Mas, quam impleverit coitu, cam amplius non tangit.» Arist., *Hist. anim.*, lib. IX, cap. XLVI.

que le han ofendido; que conserva una larga memoria, tanto de los beneficios como de los agravios; que como no gusta de carne, y tan solo se sustenta de vegetales, no es enemigo nato de los demas seres animados; y que por último, es amado de todos, pues todos le respetan y ninguno tiene motivo de temerle.

Así tambien han tenido los hombres en todos tiempos una especie de veneracion á este grande, á este primer animal. Los antiguos, que le miraban como un prodigio, como un milagro de la naturaleza (y en realidad es su mayor esfuerzo), exageraron mucho sus facultades animales, y le atribuyeron sin el menor reparo calidades intelectuales, y virtudes morales. Plinio, Eliano, Solino, Plutarco y otros autores mas modernos no tuvieron reparo en conceder á estos animales costumbres racionales, una religion natural é innata (1), la observancia de un

(1) «Hominum indigenarum linguam elephantum intelligunt.» *Ælian.*, lib. iv, cap. xxiv. «Luna nova nitescens, audio elephantos naturali quadam et ineffabili intelligentia é silva, ubi pascuntur, ramos recens deceptos auferre, eosque deinde in sublime tollere, ut suspicere, et leviter ramos movere tamquam supplicium quoddam Deæ protendentibus, ut ipsis propria et benevola esse velit.» *Ælian.*, lib. iv, cap. x. «Elephas est animal proximum humanis sensibus... Quip-

culto, la adoracion cotidiana del sol y de la luna, el uso de bañarse antes de la adoracion, el espíritu de adivinacion, y la piedad hácia el Cielo y con sus semejantes, á los cuales asisten en la muerte, y despues de su fallecimiento los riegan con lágrimas y cubren con tierra, etc. Los Indios, preocupados de la idea de la metempsicosis, están todavía persuadidos de que un cuerpo tan majestuoso como el del elefante no puede ser animado sino por el alma de un hombre grande ó de un rey. Los elefantes blancos son respetados en Siam (1), en Laos y en el

pe intellectus illis sermonis patrii, et imperiorum obedientia, officiorumque, quæ didicere, memoria, amoris et gloriæ voluptas: imo vero, quæ etiam in homine rara probitas, prudentia, æquitas, religio quoque siderum, solisque ac lunæ veneratio. Auctores sunt, nitescens luna nova, greges eorum descendere: ibique se purificantes, solemniter aqua circumspergi, atque ita salutato sidere, in silvas reverti... Visique sunt fessi ægritudine herbas supini in cælum jacentes, veluti tellure precibus allegata.» *Plin.*, *Hist. nat.*, lib. viii, cap. i. «Se abluunt et purificant, dein adorant solem et lunam. Cadavera sui generis sepeliunt. Lamentant, ramos et pulverem injiciunt supra cadaver. Sagittas extrahunt tamquam chirurgi periti.» *Plin. Ælian. Solin. Tzetzes.*

(1) Mr. Constance llevó al Embajador á ver el ele-

Pegú (1) como los manes vivientes de los emperadores de la India: cada uno de ellos tiene un palacio, una casa servida por muchos criados, vajilla de oro, manjares esquisitos, vestidos magníficos, y están dispensados de todo trafante blanco, que es tan estimado en las Indias, y motivo de tantas guerras: es bastante pequeño, y tan viejo, que está todo arrugado. Hay destinados varios mandarines para cuidarle, y no se le sirve sino en vajilla de oro: á lo menos los dos peroles que le habian puesto delante eran de oro macizo, de una magnitud extraordinaria: su habitacion es magnífica, y el techo del pabellon en que vive está dorado con mucho primor. *Primer viaje del P. Tachard.* Paris, 1686, pág. 239. En una casa de campo del Rey, una legua de Siam, y á orillas del rio, vi un pequeño elefante blanco, que se destina para sucesor del que está en el palacio, del cual se dice que tiene cerca de trescientos años. Este pequeño elefante es algo mas abultado que un buey; tiene muchos mandarines á su servicio; y por su respeto se trata con mucha atencion á su madre y á su tia, que se crian con él. *Idem*, pág. 273.

(1) Cuando el Rey de Pegú va á pasarse, los cuatro elefantes blancos marchan delante de él, adornados de pedrería, y de varios díges de oro. *Coleccion de los viajes de la Compañía de las Indias de Holanda.* tom. III, pág. 43. Cuando el Rey de Pegú quiere dar audiencia, traen á su presencia los cuatro elefantes

bajo y sujecion. El emperador reinante es el único ante quien doblan las rodillas, y el monarca les devuelve este saludo: sin embargo, las atenciones, los respetos, las ofrendas les lisonjean sin corromperlos; y esto solo debia hacer conocer á los Indios que los elefantes no tienen alma humana.

blancos, que le hacen la reverencia, levantando su trompa, abriendo la boca, dando tres gritos bien distintos, y arrodillándose. Luego que se han levantado, los vuelven á sus establos, donde á cada uno dan de comer en un vaso grande de oro, del tamaño de la cuarta parte de un tonel de cerveza; los lavan con el agua que está en otro vaso de plata; lo cual se ejecuta regularmente dos veces al dia. Mientras los cuidan así, están bajo de un palio que tiene ocho varas sostenidas por otros tantos criados, para librarlos del ardor del sol. Cuando van á los vasos donde está su agua y comida, son precedidos de tres trompetas, cuya armonía entienden, y marchan con mucha gravedad arreglando sus pasos al compás de estos instrumentos, etc. *Idem*, tom. III, pág. 40. Los Peguanos tienen por sagrados los elefantes blancos, y habiendo sabido que el Rey de Siam tenia dos, le enviaron embajadores ofreciéndole por ellos todo el precio que quisiese. El Rey de Siam no quiso vendérselos: el de Pegú ofendido de esta repulsa fue contra él, y no solo se los quitó por fuerza, sino que hizo tributario todo el pais. *Idem*, tom. II, p. 223.

Pero, dejando á un lado las fábulas de la crédula antigüedad, y despreciando tambien las ficciones pueriles de la supersticion siempre subsistente, todavía le queda al elefante lo sobrado, aun á los ojos de un filósofo, para que se le mire como un sér de la primera distincion. Este animal es digno de ser conocido y observado; y así procuraremos escribir su historia sin parcialidad, esto es, sin admiracion ni desprecio. Le consideraremos primeramente en su estado de naturaleza, cuando está independiente y libre; y despues en su condicion de esclavitud ó de domesticidad, en que la voluntad de su señor es en parte el móvil de la suya.

El elefante en estado silvestre no es sanguiinario ni feroz, sino de índole suave; y así nunca abusa de sus armas ni de su fuerza, y solo las emplea en defenderse á sí mismo, ó en proteger á sus semejantes. Sus costumbres son sociales, y raras veces se le ve errante ó solitario. Anda por lo comun en tropas; el mas anciano sirve de guía (1), y el segundo en edad

(1) «Elephantum gregatim semper ingrediuntur; ducit agmen maximus natu, cogit ætate proximus. Amnes transituri minimos præmittunt, ne majorum incessu atterente alveum, crescat gurgitis altitudo.» Plin. *Hist. nat.*, lib. viii, cap. v.

cierra la marcha y hace andar á los demas: los jóvenes y los débiles van enmedio de los otros, y las madres llevan á sus hijuelos abrazados con sus trompas; pero este orden solamente le guardan en las marchas peligrosas y cuando van á pacer en tierras cultivadas, pues en las selvas y soledades se pasean ó viajan con menos precauciones, aunque sin separarse absolutamente ni apartarse tanto que estén á distancia de no poderse socorrer ni darse avisos. Sin embargo, no deja de haber algunos que se extravían ó que siguen la tropa á lo lejos, y estos son los únicos á los cuales se atreven los cazadores á acometer, porque para atacar la manada entera seria necesario un pequeño ejército (1), y no se lograria vencerla sino con mucha pérdida. Seria tambien peligroso hacerles la menor injuria (2),

(1) Todavía tiemblo al escribiros, cuando pienso en el peligro á que nos espusimos queriendo seguir á un elefante silvestre; porque aunque no éramos mas que diez ó doce, y la mitad sin buenas armas de fuego, sin embargo le hubiéramos atacado si hubiésemos podido alcanzarle: nos figurábamos que podríamos matarle con dos ó tres fusilazos; pero despues he visto que doscientos ó trescientos hombres se ven apurados para salir con esta empresa. *Viaje de Guinea*, por Guillermo Bosman, pág. 436.

(2) «Solent elephantum magno numero confertim in-

porque se encaminan derechamente al ofensor; y aunque es muy pesada la mole de su cuerpo, tienen el paso tan largo, que alcanzan con facilidad al hombre mas veloz en la carrera, le traspasan con sus colmillos, y le cogen con la trompa, le arrojan como una piedra, y acaban de matarle á patadas; pero no se encarnizan así contra los hombres sino cuando son provocados, pues no hacen ningun daño á los que no los hostigan. Sin embargo, como son muy irri-

cedere, et si quemdam obvium habuerint, vel devitant, vel illi cedunt; at si quemdam injuria afficere velit, proboscide sublatum in terram dejicit, pedibus deculcans, donec mortuum reliquerit.» *Leonis Africani Descript. Africae*. Lugd. Batav., 1632, página 744. Los Negros refieren unánimemente de estos animales que si encuentran á alguno en un bosque, no le hacen ningun mal, con tal que él no los ataque; pero que se enfurecen cuando les tiran y no los hieren de muerte. *Viaje de Guinea*, por Bosman, pág. 245. El elefante silvestre vino persiguiendo á un hombre que le decia injurias, y se halló preso en la trampa. *Diario del viaje de Siam*, por el abate Choissy. Paris, 1687, pág. 242. Los que insultan ó hacen mal al elefante deben estar muy alerta, porque nunca se olvidan de las injurias que les hacen, hasta haberse vengado. *Coleccion de los viajes de la Compañia de las Indias de Holanda*, tom. 1, p. 413.

tables y delicados en materia de injurias, es conveniente siempre evitar su encuentro, y los viajeros que frecuentan sus países encienden grandes hogueras por la noche y tocan tambores para impedirles que se acerquen. Se asegura que cuando una vez han sido acometidos por los hombres, ó han caido en alguna celada, nunca lo olvidan y procuran vengarse en toda ocasion; y como están dotados de un olfato excelente y acaso mas perfecto que otro ningun animal, á causa de la grande estension de su nariz, sienten el olor del hombre á muy larga distancia, y pueden seguirle fácilmente por el rastro. Los antiguos escribieron que los elefantes arrancan la yerba de los parajes por donde el cazador ha pasado, y se la dan unos á otros de mano en mano para que todos estén avisados del pasaje y de la marcha del enemigo. Estos animales gustan de las márgenes de los rios (1), de los valles profundos, de los parajes sombríos, y de los terrenos húmedos; no pueden pasar sin agua, y la enturbian antes de beberla; llenan de ella la trompa con frecuencia, ya para

(1) «Elephanti naturæ proprium est roscida loca et mollia amare, et aquam desiderare, ubi versari maxime studet; ita ut animal palustre nominari possit.» *Ælian. lib. iv, cap. xxiv.*

llevarla á la boca, y ya solamente para refrescarse la nariz, y divertirse en arrojarla en chorro, ó en esparcirla al rededor; no pueden soportar el frio, y les incomoda tambien el exceso del calor: así que por evitar el demasiado ardor del sol se emboscan cuanto pueden en lo profundo de las selvas mas sombrías, y se meten tambien con bastante frecuencia en el agua. El enorme volúmen de sus cuerpos, lejos de perjudicarles, les ayuda para nadar, porque se hunden menos en el agua que los demas animales, y por otra parte la longitud de su trompa que levantan á lo alto, y por la cual respiran, les quita todo temor de ahogarse.

Su alimento mas frecuente son raices, yerbas, hojas y ramas tiernas; tambien comen frutas y semillas, pero rehusan la carne y el pescado (1). Cuando alguno de ellos encuentra un paraje abundante en pasto, llama á los otros (2), y los convida á venir á pacer con él. Como ne-

(1) Estos animales no comen carne, ni aun los salvajes, y se alimentan solamente de ramas y hojas de árboles, que arrancan con su trompa, y mastican madera bastante gruesa. *Viaje de Francisco Pyrard*. Paris, 1619, tom. II, pág. 367.

(2) «Cum eis cœtera pabula defecerint, radices efodiunt, quibus pascuntur; é quibus primus qui aliquam prædam repererit, regreditur, ut et suos

cesitan de gran cantidad de forraje, mudan frecuentemente de puesto; y cuando llegan á tierras sembradas, hacen grande estrago, porque siendo tan enorme el peso de sus cuerpos, estropean y destruyen con sus pies diez veces mas plantas de las que emplean en su sustento, el cual ascenderá á ciento y cincuenta libras de yerba al dia; y como andan siempre en crecido número, asolan un campo en una hora. Por esto los Indios y los Negros se valen de todos los medios posibles para evitar sus visitas y apartarlos de sus campos, haciendo grandes ruidos y hogueras al rededor de sus tierras cultivadas: pero muchas veces, á pesar de todas sus precauciones, los elefantes vienen á apoderarse de ellas, arrojan de allí el ganado doméstico, ahuyentan á los hombres, y á veces derriban y destruyen sus frágiles habitaciones. Es difícil espantarlos, pues no son capaces de temor: lo único que los sorprende y puede detenerlos son los fuegos artificiales (1) y los co-

gregales advocet, et in prædæ communionem deducat.» *Ælian.*, lib. IX, cap. LVI.

(1) Cuando el elefante está irritado, se le contiene con fuegos artificiales; y se usa del mismo arbitrio para apartarlos del combate cuando están empeñados en él. *Relac. de Thevenot*, tom. III, p. 133.

hetes que les disparan, cuyo efecto repentino y prontamente renovado los asusta, y á veces los hace retroceder. Raramente se logra separarlos unos de otros, porque ordinariamente toman todos juntos el mismo partido de acometer, de pasar indiferentemente ó de huir.

Cuando las hembras entran en celo, la grande inclinacion que tiene el elefante á la sociedad cede á otro apetito mas vivo: la tropa se separa por parejas, que el deseo ha formado anteriormente; júntanse por eleccion, se ocultan, y en su marcha parece que les precede el amor y les sigue el pudor, pues el retiro y el secreto son inseparables de sus placeres. Nunca se les ha visto tomarse, y temen sobre todo ser observados de sus semejantes. Buscan los bosques mas espesos, y se internan en las soledades mas profundas (1) para entregarse sin testigos, sin

Los Portugueses no han hallado otro remedio para defenderse del elefante, que las lanzas de fuego, las cuales le ponen delante de los ojos cuando viene á ellos. *Viaje de Feynes*. Paris, 1630, pág. 89. En el Mogol hacen pelear los elefantes unos con otros, y se encarnizan tanto en la pelea, que no se pudiera separarlos si no arrojasen entre ellos fuegos artificiales. *Viaje de Bernier*. Amsterdam, 1710, tom. II, página 64.

(1) «Elephantum solitudines petunt coituri, et præ-

sobresalto y sin reserva á todos los impulsos de la naturaleza, los cuales son tanto mas vivos y durables cuanto mas raros y durante mas largo tiempo esperados. La gestacion de la hembra dura dos años (1): mientras tanto el macho se abstiene de ella, y solo al cabo de tres renace la estacion de los amores. No paren mas que un hijo (2), el cual tiene dientes ya cuando nace (3), y es mayor que un jabali: sin embargo, todavia no se le descubren los colmillos, los cuales empiezan á apuntar poco tiempo despues, y á la edad de seis meses (4) tienen ya al-

cipue secus flumina.» Arist., *Hist. anim.*, lib. v, capitulo II. «Pudore nunquam nisi in abdito coeunt.» Plin., lib. VIII, cap. v.

(1) «Mas coitum triennio interposito repetit. Quam gravidam reddidit, eandem præterea tangere nunquam patitur. Uterum biennio gerit.» Arist., *Hist. anim.*, lib. v, cap. XIV. «Elephantus biennio gestatur, propter exuperantiam magnitudinis.» *Idem*, *De generat. anim.*, lib. IV, cap. X.

(2) «Quæ maxima inter animalia sunt, ea singulos pariunt, ut elephas, camelus, equus.» Arist., *De generat. anim.*, lib. IV, cap. XI.

(3) «Statim cum natus est elephantus dentes habet, quamquam grandes illos non illico conspicuos obtinet.» Arist., *Hist. anim.*, lib. II, cap. V.

(4) Thomas Lopez apud Gesner. cap. *De elephanto*.
TOMO XVI. 3

gunas pulgadas de largo. El elefante es ya mayor que un buey á los seis meses, y los colmillos le continúan creciendo hasta la edad avanzada, con tal que el animal esté sano y en libertad; porque no se puede imaginar hasta que punto la esclavitud y los alimentos preparados deterioran el temperamento y mudan las propiedades naturales de este animal. Se consigue domarle, sujetarle é instruirle; y como es mas robusto y mas inteligente que otro ninguno, sirve con mas acierto y mas poderosa y útilmente; pero es probable que en lo interior conserva el disgusto de su situacion, pues aunque á tiempos resiente los mas vivos ardores del amor, no procrea ni se junta en el estado de domesticidad. Su pasion reprimida degenera en furor; y no pudiendo satisfacerla sin testigos, se indigna, se irrita, se vuelve insensato y furioso, y se necesitan cadenas muy fuertes y trabas de toda suerte para detener sus movimientos y reprimir su cólera. Por consiguiente, el elefante se diferencia de todos los animales domésticos que el hombre trata ó maneja como seres que carecen de propia voluntad; ni es del número de aquellos esclavos natos, que propagamos, mutilamos ó multiplicamos por nuestra utilidad: aquí solo el individuo es esclavo; que la especie permanece independiente, y rehusa constantemente aumen-

tarse en beneficio del que la tiraniza. Esto solo supone en el elefante sentimientos superiores á la naturaleza comun de las bestias: sentir los ardores mas vivos, y rehusar al propio tiempo satisfacerlos; enfurecerse de amor, y conservar el pudor, es quizás el último esfuerzo de las virtudes puramente humanas, y en este animal no son mas que actos ordinarios á que nunca ha faltado. La indignacion de no poder juntarse sin testigos, mas fuerte que la pasion misma, suspende y destruye los efectos de esta; pero al mismo tiempo escita su cólera, y hace que en estos momentos sea mas peligroso que ningun otro animal indómito.

Quisiéramos, si fuese posible, poner en duda este hecho; pero los naturalistas, los historiadores y los viajeros (1) aseguran todos unánimemente que los elefantes nunca han procreado en el estado de domesticidad. Los reyes de la India mantienen gran número de ellos, y des-

(1) Es cosa notable que este animal, por grande que sea su calor, nunca cubre á la hembra mientras ve gente. *Viaje de Francisco Pyrdard*. Paris, 1619, pág. 357. Este animal nunca se junta con la hembra sino en secreto, y no engendra mas de un hijo. *Cosmografía del Levante*, por Thevet, 1554, p. 70. Véanse tambien las notas que citaremos en la serie de este artículo.